

XV

La sala «Increible.»

Se le reunieron sus criados y algunos amigos fieles. Dió las disposiciones que exigian las circunstancias y se retiró á la parte del palacio próxima á su habitacion. Quería estar solo. En medio de su pena, sentía escondida la satisfaccion de haber cumplido hasta el último instante obligaciones sagradas. Mandó á su criado que, guardando la puerta, no permitiera que nadie penetrase hasta él, y se cerró en la sala *Increible*.

Al fin le acompañaba aquella soledad tan deseada. Podía pensar sólo y considerar la marcha de los sucesos, su propia situacion, el estado de su alma, echar una mirada al pasado y otra al porvenir.

La dolorosa lucha que tiempo há sostenia con un ideal distinto del suyo habia concluido. Estaba libre; pero su libertad venia impregnada de tristeza, porque habia sido traída por la muerte, y le quitaba los hierros una figura hermosa, melancólica, que no podía en modo alguno ser odiada, sino compadecida y respetada. El óbice suprimido por la muerte y aposentado en la memoria y aún en el corazón del liberto por la compasion, ganaba dulces simpatías sólo por el hecho de su fin lamentable. Tenia el prestigio de la inocencia y la hermosura del ángel.

Por mucho que Leon empapara su pensamiento en aquella memoria, si no cariñosa, interesante y patética, no pudo evitar que fuese sorprendido su espíritu por una idea lisonjera. Tenia porvenir. Ante él se abría el pórtico de una vida nueva, donde quizás veria realizado lo que persiguió vanamente en la vida fenecida y completamente rematada en la calma triste de un funeral. Pero lo reciente del duelo le hacia mirar con miedo el porvenir y sujetaba su mente para que no se lanzara á imaginar dias venturosos ni á fabricar lindos castillos, todo en la region luminosa de lo probable, pero tambien en el caos oscuro de lo imaginario. Era para él muy doloroso que se juntasen en un punto

el homenaje de respeto y piedad debido á lo que fué y la ilusion de lo que habia de ser. Pero la esperanza es como el remordiento y viene tan puntual cuando la lógica la trae, que se la creeria un don precioso de la conciencia. Así como no se puede cerrar la puerta al remordimiento cuando este viajero llega y toca reclamando su hospitalidad ineludible, no se puede tampoco despedir á la esperanza que viene, entra, atropella, invade, se apodera, se instala y despliega ante la vista el lienzo seductor de los dias venideros. No hay ceguera voluntaria que sea parte á impedir el goce de los horizontes de la vida cuando éstos se agrandan y se iluminan por sí. No hay momento en la vida, por doloroso que sea, que no se encadene con los momentos esperados que aún permanecen en los infinitos depósitos, no consumidos, del tiempo. La vida no es más que la apreciacion de un *más adelante*. La Naturaleza ha cooperado en esta ley, no creando ningun sér superior que tenga los ojos en la espalda.

Vacilaba y padecia, no queriendo lanzarse á donde su pensamiento iba con fatal vuelo, y gustaba de atarse otra vez la cadena rota. Creia honrarse apartando de sí toda idea de su propio bien, aunque éste fuera legitimo, y queria que su fantasía tuviera la

nobleza de no imaginar nada lisonjero en aquella luctuosa noche. Pero si el espíritu tiene velas maravillosas que lo impulsan y sin las cuales no puede navegar, tampoco puede hacerlo sin un lastre que se llama egoismo. El egoismo es necesario. Sin él y con velas se entregaria el hombre al loco arbitrio de los huracanes. Y con él solo y sin velas, quedaria reducido al triste papel de un ponton. Gallarda y perfecta nave es la que tiene en justa medida alas y peso.

Meditando en esto, él se negaba resueltamente á ser ponton. Habia arrojado al agua todo su lastre para lanzarse como un rayo al oleaje de la contemplacion pura del ideal, cuando sintió ruido, un rumor que le hizo temblar todo, como la cuerda tirante en los altos topes tiembla con la horrible trepidacion del huracan: era un ruido de traje de mujer mezclado con un suspiro.

Cuando miró, Pepa Fúcar estaba delante de él.

Tuvo miedo y no osó preguntarle nada. Tenia ella en su cara el aspecto de un muerto que se levanta por miedo de haberse muerto. Sus dientes chocaban como al efecto de un frío intensísimo. Traia la tragedia en sus ojos y en su mano un papel.

Leon tuvo valor para decirle:

—Por Dios... no vengas á turbarme... Mi pobre mujer ha muerto.

—Y yo...

El temblor, aquel frio que parecia adquirido al contacto del sepulcro, le impidió seguir. Al fin concluyó la frase:

—Y yo há tiempo que he venido... á decirte que mi marido vive.

Leon se quedó como quien no oye bien. Su conciencia fué la que gritó un instante despues:

—¡Tu marido!...

Se llevó la mano á la cabeza, en cuyo centro parecia estar toda su sangre circulando en remolino.

—¡Vive!

—¿Le has visto?

—Sí, y me habria muerto de espanto si no hubiera pensado que estás tú en el mundo para salvarme y ser mi amparo contra ese bandido.

Estas palabras llevaron el espíritu de Leon á un aturdimiento estúpido...

—¿Yo? ¿qué tengo que ver en eso?...—dijo, pugnando por echarse fuera de aquella situación escandalosa, por medio de un sofisma de dignidad.—Déjame... ¿tengo algo que ver con tu marido... ni tampoco contigo?

En su pecho se habia levantado una tem-

pestad de rabia, contra la cual luchaba, oponiéndole el decoro, el honor, diques de barro, que se rompian apénas usados. Sintiendo un torbellino en su cabeza, y deseando que su amor fuera odio y que las cosas no fueran como eran, ordenó á Pepa que saliese de allí. Un rayo de lógica le habia destrozado interiormente. Cediendo á un movimiento natural de su alma, que no sabia si era el despecho ó el honor, dijo á su amiga:

—Déjame... te repito que me dejes... No me turbes ahora. No quiero verte, te separo de mí, te expulso.

—No estás en tu juicio,—dijo Pepa con dolorida tristeza.—Me arrojarás de esta sala, pero no puedes arrojarme de tu corazon.

—Es que has venido á burlarte de mí,—repuso él en el último grado del aturdimiento,—cuando merezco más respeto... Lo que has dicho no será verdad.

—¡Oh! si no lo fuera...—dijo la dama cruzando las manos.—Desde esta mañana me dió mi padre la terrible noticia; pero yo no creí que él tuviera valor para presentarse á mí... Esta noche me hallaba en mi cuarto... sentí ruido en el jardín, me asomé... ví un hombre... era él... la luz que alumbraba el pórtico iluminó su cara aborrecida... le conocí. Creí que la tierra se abria y me tragaba... y

empecé á temblar de frío y miedo. Por un impulso instintivo corrí por toda la casa, creyendo sentir sus pasos detrás de mí y su mano que me tocaba. Salí por la puerta de servicio, y si no hubiera puerta, me habria arrojado por una ventana... salí al patio, no queria detenerme... corrí á la calle, tomé un coche de alquiler, y he volado aquí para decirte... he esperado mucho tiempo en el museo... no he tenido paciencia para esperar más.

—¿Y tu hija?

—No estaba en casa. Si hubiera estado la habria traído conmigo... Papá la llevó esta noche á casa de la condesa de Vera. Yo pensaba ir también; pero supe lo que pasaba aquí y me entró horror de presentarme en público... me fingí enferma.

—¡En qué triste instante vienes aquí!— exclamó Leon con honda amargura.—Ni siquiera consolarte me es posible.

—¿Qué ves en mi presencia?

—Profanación... escándalo... no sé qué... una espantosa inoportunidad que me hace temblar.

—No tengo la culpa de lo ocurrido. Dios lo ha dispuesto así... Pero no perdamos el tiempo en lamentaciones... pensemos, discurremos lo que se debe hacer.

—¿Quién?

—Nosotros... ¿Me desamparas en este conflicto sin igual? ¿No sabes lo que trama el malvado? Mi padre me informó de todo esta mañana... Hace dos días que llegó á Madrid y se alojó en casa de sus tíos para acecharme desde allí... No sé quién le informó de todo... Creo que serian sus tíos. Gustavo es su abogado... sí, va á entablar querrela contra mí... El muy canalla escribió á mi padre esta mañana declarándose arrepentido de sus infamias y pidiéndole perdón... En la carta de mi padre remitía una para mí... Mirala.

El primer movimiento de Leon fué rechazar la carta; pero sin saber cómo, la arrebató de la mano de Pepa y leyó lo que sigue:

“Un hombre que se muere no tiene derecho á exigir fidelidad á la esposa que vive.
 „Felizmente para mí, el Señor Todopoderoso ha querido conservar mi preciosa existencia.
 „Mientras llega el momento de abrazar á mi esposa é hija, tengo el honor de poner en conocimiento del primero de estos seres queridos que estoy resuelto á otorgarle mi perdón si se apresura á poner de nuevo el cuello bajo el yugo matrimonial, atendiendo á que mi supuesto alejamiento del mundo de los vivos disculpó hasta ahora su desvarío.
 „Pero si el susodicho sér querido se obstina en considerarme destinado á ser pasto de

„peces en el golfo mejicano, yo me tomo la
 „libertad de asegurarle que estoy decidido á
 „usar de los derechos que la ley me otorga.
 „Mi hija querida no puede crecer en el im-
 „puro regazo del adulterio. Seguro estoy de
 „que la dama de quien tengo el honor de ser
 „esposo no preferirá los halagos de un amor
 „criminal á los dulces deberes de madre; en
 „caso contrario, yo entablaré mi querella,
 „contando, como cuento, con los testigos ne-
 „cesarios para hacer la prévia informacion
 „que la ley exige, y reclamaré á mi hija, per-
 „suadido de que la ley la pondrá en mis pa-
 „ternales brazos cuando cumpla los tres años.
 „Para que mi buena esposa comprenda
 „bien cuán fuerte es mi posicion de cónyuge
 „inocente, le ruego dé una vuelta por el des-
 „pacho de su señor padre, y allí, estante ter-
 „cero, tabla segunda, hallará la Novísima
 „Recopilacion, de cuya interesante obra me
 „tomo la libertad de recomendarle la ley 20,
 „título I, libro II.

F. Cimarra.„

—Es él,—exclamó Leon estrujando la car-
 ta,—es su letra, es su estilo, su descaro, su
 miserable ironía, su falta absoluta de ver-
 güenza y delicadeza. Reconozco la mano in-
 fame en la bofetada que recibo... ¡Dios Po-

deroso, si el ataque de un mónstruo semejante
 no es razon suficiente para atropellar todas
 las leyes y respetos, para olvidar la dignidad
 y la conciencia misma; si esto no es razon
 para rebelarme y estallar, no quiero la vida,
 la desprecio.

Arrojó al suelo la carta estrujada y Pepa le
 puso el pié encima, diciendo con cierta fiereza:

—Así trataria yo tu persona, malvado, y
 tu Novísima Recopilacion.

Despues se dejó caer en el sofá, exclaman-
 do entre sollozos:

—¡Mi hija en poder de ese menguado!... ¡Mi
 hija, que es mi alma toda, separada de tí y de
 mí!... ¡La idea de esta feroz amputacion de
 mi vida me vuelve loca!

Leon miraba al suelo de una manera tor-
 va y aviesa.

—Un rasgo enérgico de mi voluntad po-
 derosa nossalvará,—dijo Pepa alzando suros-
 tro que parecia la imágen misma de la reso-
 lucion.

—Calla, espera,—dijo Leon, apartándola
 lleno de ansiedad.—¿No oyes?

Ambos quedaron mudos, conteniendo el
 aliento.

Sentíase por la galería cercana ruido de
 pasos lentos, tardos, como de muchos hombres
 que trasportan un objeto pesado. Se acerca-

ban, pasaban con cierta solemnidad aterradora, despues se perdian á lo lejos.

Pepa y Leon en la actitud de rechazarse el uno al otro, atendian con temerosa quietud á lo que cerca de ellos pasaba. El vivo palpitar de ambos corazones se confundia en un solo latido. Cuando el silencio volvió á reinar en el palacio, Leon miró á su amiga, que tenia el rostro inclinado y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Rezas?—le dijo.

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclamó Pepa oprimiéndose el corazon.—Ella reposa en paz, yo me consumo en ardientes afanes; ella goza ahora de la dicha eterna en premio de sus virtudes, yo soy señalada como criminal y perseguida por la justicia y veo mi pobre corazon cazado en horrible trampa de leyes... No, Señor, yo no te pedí que la mataras para darme el triunfo, yo no te pedí eso... Yo no he sido mala, yo no merezco este castigo... Por momentos la aborrecí, es verdad, pero ya no. Ahora no sé si la temo, no sé si es respeto lo que me hace pensar tanto en ella y verla constantemente en frente de mí, viva y muerta al mismo tiempo.

—¡Feliz ella!—dijo sordamente el viudo.

—Pero no nos entreguemos á nuestra melancolía. Es preciso resolver esta noche mis-

ma. Escucha, yo tengo un plan, el mejor, el único posible.

—Un plan...

—Ya lo sabrás. Antes necesito traer á mi hija. Paréceme que me la han de quitar, que ella y tú y yo corremos peligro...

—Tráela al momento.

—Son las diez. Tengo tiempo de ir y volver pronto. Ya he hablado á Lorenzo, el mejor cochero que tenemos. Está enganchada la berlina. ¿Prometes esperarme aquí?

—Te lo prometo,—dijo Leon mirándola sin verla.—Corre en busca de Monina, tráela pronto; yo tambien temo...

—Hasta luego... No te muevas de aquí.

Salió por la puerta del museo.

Largo rato estuvo Leon sin poder coordinar sus ideas. Antes de resolver nada concreto, era preciso ver la cuestion con claridad y con sus naturales formas y dimensiones, sin hacerla más difícil ni más fácil de lo que realmente era. Pero él mandaba á las ideas presentarse con lucidez y no lo podia conseguir. La disciplina de su entendimiento estaba rota. El gran cansancio físico y el caos intelectual en que estaba le llevaron á una especie de sopor en el cual su mente se aletargaba dejando que desvariaran febrilmente los sentidos. En otra ocasion crítica de su vida le vimos así.

La sala cuadrada le pareció circular, porque sus ojos eran incapaces de la apreciación exacta de las cosas, y el muro cilíndrico daba vueltas en torno de él, paseando, con el remolino jaquecoso de un Tío Vivo, las mil extrafalarias figuras que lo adornaban. Eran estampas grandes y chicas, platos y jarros medallones y esculturas del tiempo del Directorio que fué la revolución del vestido, trivial apéndice á la revolución del pensamiento. Después de cortar las cabezas, la fiebre innovadora se dedicó á reformar sombreros. La industria no quiso ser ménos que la libertad, y en la cúspide del monton de cráneos alzado por el Terror, plantó el figurin.

Allí no había más que hombres embutidos en inverosímiles casacas, extrangulados por corbatas sin fin y sirviendo de pedestales á delirantes gorros. Unos esgrimían bastones llenos de nudos, otros garrotes en espiral, y estaban desgrefñados como las furias y calzados como los bailarines. Cadenas informes y sellos como badajos pendían de algunos, y de otros no se sabía cuales eran las piernas y cuales los faldones, ni donde empezaba el hombre y acababa la ropa. Parecían delirios, monstruos, chabacana metamórfosis de la humanidad en bandaña de aves graznadoras, llevando los lentes sobre el pico y las patas con bor-

ceguías. Las mujeres mostraban media pierna con listadas medias, y en la cabeza torres de pelo, y plumas, carton, cintas, túmulos, veletas, pagodas, flechas, escobas. Las brujas, metiéndose á elegantes, no hubieran sido de otro modo.

Hombres y mujeres corrían en rápido ciclón. Era una chusma abigarrada, bufona, una nube de cuyo centro salían silbidos, ayes, befa y risa, entre la confusa masa de garrotes, piernas desnudas, narices, lentes, faldones, abanicos, sombreros. La humanidad actual encerrada en un cañon tan grande como el mundo y disparada á los aires en millones de pedazos, no habría formado sobre el cielo espantado una nube más horrible.

Leon vió que del círculo se destacaba una figura y avanzaba hácia él. Al punto se sintió lleno de un furor semejante al que despierto había sentido en la mañana de aquel día contra su hermano político, furor no contenido ahora por consideración ni respeto alguno. El odiado *increíble* que hacia él venía era el más grotesco de aquella muchedumbre antipática y con su infame risa parecía insultar á la razón humana, al pudor, á la virtud, á todo cuanto distingue al hombre de la bestia.

—Execrable animal,—gritó ó creyó gritar

Leon abalanzándose á él y cogiéndole por el cuello, —¿crees que te temo?... ¿Por qué me la quitas?... ¿Dices que es tuya?... Ahora te enseñaré yo de quién es, librando á la sociedad de tu miserable vida...

Desarrollaba contra él atlética fuerza, y le decia:

—¿Tienes derechos? Pues yo los pisoteo... ¿Has contraído lazos? Pues yo los rompo... Mira el caso que hago yo de tus derechos y de tus lazos: el mismo que de tu vida, empleada en el mal y en el escándalo. Me eres tan odioso como si fueras, y seguramente lo eres, la personificación de todo lo malo que hay en el mundo... ¿Me pides que te respete?... ¿que respete en tí la ley, el Sacramento, como los respeté en la infeliz que ya no pertenece al mundo? ¿Cómo te atreves á compararte con ella? En ella respeté la virtud austera y seca, la piedad exaltada, la honradez, la inocencia, la debilidad, la belleza. Pero en tí, ¿qué hay sino corrupcion, mentira, infamia vicios?... No me pidas que te tenga lástima, porque la compasion no se ha hecho para darla á los animales dañinos. No me pidas que te entregue á tu hija. Pues qué, ¿un ángel se echa á los perros?... Tu hija te aborrece, tu mujer te aborrece, y yo... te acabo.

Creyóse rodando por una pendiente oscu-

ra con su víctima entre las manos. Sin darse cuenta de ello durmió un rato con agitado sueño. Cuando aquel vértigo insano se calmó por completo en su mente, empezó á distinguir de un modo confuso todos los objetos, luego los vió salir de la sombra con más claridad. Los *increíbles* y las *increíbles* estaban en su sitio con su natural pergenio irrisorio, ni más feos ni más agraciados que antes. Leon no oyó rumor alguno. Todo estaba silencioso en derredor suyo. Miró su reloj: eran las once y media.

La primera idea que vino á su mente fué la que debía salir del palacio aquella misma noche y retirarse á su casa.

Pensó en María muerta, en Pepa viva, y á entrambas las veía cual si las tuviera delante. Despues, como si su pensamiento evocara á esta última, la vió aparecer por la puercecilla del museo, trayendo á Monina de la mano.